

LA VOZ DE MISTERIO Y TRANSPARENCIA DE MARIA BORIO

Sobre Maria Borio. *El otro límite*. Rosario: Le Pecore Nere, 2020, 84 pp.

Santiago Hernández Aparicio
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

El otro límite es el primer libro traducido al español de Maria Borio (Perugia, 1985), quien también publicó *Transparenza* (Interlinea, 2019) y la colección *Vite unite* en el XII *Quaderno di poesia italiana contemporanea* (Marcos y Marcos, 2015). En el ámbito ensayístico, ha publicado “*Satura*”. *Da Montale alla lirica contemporanea* (Serra, 2013) y *Poetiche e individui. La poesia italiana dal 1970 al 2000* (Marsilio, 2018) donde reflexiona sobre grandes voces de la lírica italiana contemporánea como Vittorio Sereni, Antonella Anedda o Milo De Angelis, con quienes además sostiene un rico diálogo poético. De publicar la versión española de *L'altro limite* (podenonelegge-LietoColle, 2017) se encargó Le Pecore Nere, editorial transnacional afincada en Rosario y Cosenza.

“El misterio es el hijo de la transparencia” dice la santafesina Beatriz Vallejos y trae a la luz una vieja costumbre del poetizar que se remonta a Hesíodo. ¿De qué habla una metáfora genealógica? Sin duda de intrincados linajes divinos y de la fidelidad ciega de la sangre para con la sangre, pero también de la hermandad entre un Hipnos y un Tánatos porque dormimos el sueño de la muerte y morimos circunstancialmente cuando soñamos. Si una cosa es la madre de otra, la origina o la causa

o la precede o la supera... pero afirmar, como lo hace Vallejos, que el misterio es el hijo de la transparencia es un golpe de dados que hace entrar en cortocircuito la conexión lógica entre dos términos merced a una conjunción paradójica. Afirmación que esconde una pregunta, eco invertido, devaneo extraño. Si tomé este atajo para llegar al asunto, es justamente porque creo que la poesía de Maria Borio responde con acciones verbales o, mejor dicho, actúa esta pregunta que ahora, retrospectivamente y parados en la afinidad tonal de la traducción de Marina Maggi (Rosario, 1988), sabemos que nos hacíamos y anhelábamos escuchar en una voz.

La voz de Maria no se modula con altoparlante. Los términos individuales no aparecen enaltecidos sino que se subsumen en la continuidad sintáctica que es también un ritmo terso que corre sin estridencias entre hábiles cortes versales. La potencia conceptual es grande –se siente el intelecto danzando entre palabras–, pero la amplificación imaginística y musical a la que cada término se entrega deja en claro que estamos ante una razón que habla de su fundamento más allá y más acá de sí misma. Maria desentierra el presente, no es enterrada por él: pese a que su “tema” es el mundo digital, no apela a gestos petrificados que intenten recobrar una contemporaneidad de superficie. En este sentido, su tema es más bien la forma: la forma en que lo digital “mundeia” e impacta en la percepción y las relaciones humanas, dejándonos navegantes de las tablas de un naufragio, en busca de tierra firme: “La forma es la pantalla como una casa azul, / estadística y figura, un ritmo que liga a los hombres/ en mi mente. La forma es, no es aquello que desean/ que yo dé. Es, no es el devenir. Es deshacerse, a veces”.

Entramado en el cruce de lo biológico y lo mecánico, de lo humano y lo digital, de la máquina y sus fantasmas, de lo vertical y lo horizontal, de lo opaco y lo reconocible, *El otro*

límite nos hace partícipes de un horizonte cuya distancia en relación con nosotros mismos recorreremos con la mirada, pero al mismo tiempo nos perturba con elementos impensados e impensables. Efectivamente, el otro límite, el límite del otro que nos mira o nos lee desde el otro lado de la pantalla, es la fuente de la ambigüedad y la opacidad que pueden poner entre paréntesis el sentido y herirnos en ese acto: “En el vidrio cortante del alba, la cuchilla del tren es una perspectiva aérea. / Seres frágiles tienen ojos que se tocan.”

Al modo de una fenomenología de la experiencia, estos poemas no conciben la preexistencia de un objeto ni se piensan como su abstracción fija sino que, lejanos a todo afán documental, hacen *que una escena ocurra / y no sea solo forma*; reconstruyen un modo de percepción de las cosas como si la poesía no fuera sino una determinación del mundo percibido – dinámico y palpitante, *una línea sin juicio*.

Las conexiones digitales amplían y hacen estallar la experiencia tal como la concibe el humanismo desde nuevos regímenes de relación y percepción. Ahora, ¿instaura esta segunda alma de las cosas un examen de conciencia intersubjetivo?, ¿queda espacio para las sombras?, ¿qué dicción retienen todavía las ruinas?, ¿qué sigue? La poética de Maria delimita un *yo*, un *tú* y un *nosotros* que más que personas líricas constituyen fragmentos precarios y ambivalentes del gran vidrio que ata vidas desunidas, y podría considerarse que de cierta forma abre un espacio donde responder y preguntarse son los términos de una misma ecuación. En esta dialéctica sin síntesis o armonía contradictoria de lo puro y de lo impuro, la poesía sostiene un gesto de unión (“un sonido de garganta, primitivo”) que abre la posibilidad de transición hacia cualquier lenguaje comprensible, como si al hacer levitar las palabras, les otorgara la inminencia trágica de un destino figurado.

En una publicación de Facebook, Marina Maggi se refiere a su primer encuentro con María Borio en 2018:

“Mientras conversábamos en el vestíbulo del hotel, su voz se mezcló para mí con el ritmo y la dicción de sus poemas. En el seno de esos encuentros, con el halo de ligereza y alegría que anuncia la primavera, entre notas apresuradas, trazos inquietos y preguntas siempre en suspenso, tomó cuerpo para mí un deseo: traducir”.

Las afinadas versiones publicadas prueban la dichosa conjunción:

I am here to be judged

La sentencia del epígrafe la leí
entre tantos en un perfil. Podrían tener la misma edad,
podrían decir ustedes que la mujer a veces se exhibe
no por vanidad sino por procreación, que la ley
de la naturaleza le hace peinar los cabellos y los labios
como estiras con paciencia los dedos
bajo la luz que quema.

Los rostros son frágiles, expuestos en una cesta deslumbrante,
una pátina que se toca, una película.
En esos rostros una especie avanza.
Pero sería letal si sólo valiese la ley
que hace chocar esta franja de luz con las nubes oscuras;
el relámpago sobre el que han escrito
casi todos los materialistas.
Sería que aquella figura y su carne
es más bella que lo verdadero y circunscribe el cuenco
entre las nubes densas, las piernas desnudas.

Los ojos sobre la imagen juzgaban
para no hacer morir la imagen.